

Lucas 23:32-43

Realidad o Ficción: Jesús Indefenso

Reverendo Brian North

Iglesia Rose Hill, Kirkland, WA

6 de abril de 2025

El sermón de la semana pasada necesita una breve continuación, y quiero empezar con eso. La semana pasada hablé brevemente sobre los dos Simón, discípulos de Jesús. Al escribir el sermón, no me fiaba del todo de mi memoria sobre quién era Simón el Zelote y quién era el Simón que llegó a ser conocido como Pedro. Así que investigué rápidamente dónde se hablaba de ambos Simón y me basé en lo que leí. Después de que algunos de ustedes me contactaran el lunes sobre esto, volví a revisar lo que había leído y me di cuenta de que lo había malinterpretado por completo.

Así que, al parecer, la semana pasada no fue una buena semana para mí en cuanto a comprensión lectora. Confesé en el sermón que no leí bien las instrucciones (ni el calendario) para inscribir a JD en clases de natación... y resulta que en ese mismo sermón leí mal sobre los dos Simones en mi preparación. Y lo siento mucho. No quise confundir a nadie sobre a quién se conoce como Pedro y a quién como Simón el Zelote. También diré que agradezco la amabilidad con la que cada persona que me preguntó al respecto se acercó. Decían algo como: "Lo que dijiste es diferente a lo que entendí... así que me pregunto de dónde lo sacaste". De verdad, fue muy amable. Cualquiera de ustedes habría tenido toda la razón al venir a decirme: "Pastor Brian, es usted un idiota". 😊 En cambio, me ayudaron a mantener mi dignidad. Así que, gracias.

La ironía, por supuesto, es que la serie en la que estamos se centra en comprender bien los hechos sobre Jesús... y dudé de lo que tenía en mente sobre los dos Simones, y luego confundí los hechos al leer mal. En cualquier caso, el punto del sermón de la semana pasada sigue siendo válido. Además, ninguno de los Simones es nuestro Señor y Salvador. Jesús sí lo es. Equivocarse sobre un Simón está bien; equivocarse sobre Jesús como Señor y Salvador, no. Así que hoy continuamos en esta búsqueda de verificar lo que tenemos en mente sobre Jesús con lo que leemos sobre él en los Evangelios.

Y al llegar a las últimas horas de la vida de Jesús, como las que estamos viendo hoy, cualquiera podría concluir que Jesús estaba bastante indefenso. Considerando todo lo que hizo para ayudar a los demás, como nos cuentan las biografías de Jesús (los ciegos que ven, los sordos que oyen, los cojos que caminan, los enfermos que sanan, los hambrientos que son alimentados, etc.), a algunos, incluso en la época de Jesús, les sorprende que parezca incapaz de ayudarse a sí mismo en sus momentos de necesidad. Por eso, algunos tienen la percepción de que Jesús es realmente impotente. Leamos Lucas 23:32-43. Esta es la palabra de Dios para ti y para mí esta mañana... hoy la leeremos toda de una vez.

En tres ocasiones distintas en estos versículos, Jesús es objeto de burla verbal por parte de quienes lo rodean (quizás una no pretenda ser una burla). Hay una cuarta con el cartel puesto sobre su cabeza. Pero centrémonos en las tres verbales. En cada ocasión, la burla se centra en

la frase: «sálvate a ti mismo». Obviamente, la noticia de Jesús y lo que había hecho por la gente se había extendido por todas partes. Jesús tenía una reputación que lo precedía: títulos como Mesías, Salvador, Rey. Pero también, su reputación era la de "salvar" o "rescatar" a la gente.

La palabra griega usada en cada ocasión es "sozo". Literalmente significa "rescatar, salvar, sanar". Así que, el desafío que ahora le presenta esta gente, como leemos en el pasaje, es hacer lo que él hizo por los demás, por sí mismo: salvarse de esta situación mortal.

Hay tres grandes grupos de personas que hacen esto. Primero, están los gobernantes en el versículo 35. No se define quiénes son exactamente. No sabemos con certeza si son funcionarios del gobierno romano, gobernantes judíos o alguien más. La palabra "governantes" se usa aquí a lo largo de los evangelios para referirse tanto a gobernantes gubernamentales como a gobernantes religiosos, y no hay suficiente contexto para afirmarlo con certeza.

Luego vemos que los soldados romanos también lo critican como "rey de los judíos". Por último, están los criminales. Mientras uno de ellos respeta a Jesús y reconoce que no le corresponde estar en ese lugar entre ellos dos, el otro se muestra más burlón, sobre todo porque merece el castigo que recibe.

Así pues, hay personas de tres ámbitos de la vida muy diferentes: "governantes"; soldados de la clase trabajadora; y criminales. Sin embargo, la respuesta de Jesús no es ayudarse a sí mismo. En realidad, es una tentación hacerlo. Jesús sabía que pasaría por esta prueba. Lo habló con sus discípulos, oró al respecto poco antes en el huerto de Getsemaní. No le sorprende. Y ahora se enfrenta a la presión no solo de sanar o salvar a otras personas, sino a sí mismo.

Este pasaje me recuerda a cuando Jesús estuvo en el desierto durante cuarenta días y fue tentado por Satanás para que usara su poder, su conexión con Dios Padre, para su propio beneficio. Es muy similar aquí: es una tentación para salvarse de la muerte en la cruz. Es una tentación de pecar para bajar de la cruz, porque no es la voluntad del Padre que lo hiciera, no es la voluntad del Padre. Jesucristo es perfectamente obediente a su Padre Celestial en todo lo que hace. Su Padre ve el panorama completo. Y en ese momento que parece un desastre y una muestra de debilidad para todos los que lo presenciaron, es de hecho Jesucristo en su máxima expresión, al permanecer obediente a su Padre Celestial.

Piensa en esto por un momento. Si tuvieras el poder de salvarte de una muerte inminente... ¿no lo harías? Sin duda lo considerarías seriamente, ¿verdad? Es parte de la naturaleza humana preservar la propia vida, haciendo todo lo posible para luchar y retrasar la muerte. Pero que Jesucristo estuviera colgado en la cruz hasta su muerte no es una muestra de debilidad ni impotencia. Es una paradoja, porque permanecer en la cruz es en realidad una muestra de fuerza y poder al vivir según la voluntad de su Padre Celestial. Al permanecer en esa cruz, Jesucristo demuestra su compromiso total e inequívoco con la voluntad de su Padre Celestial.

Por eso Jesús puede decir, como en otros pasajes: «Nadie me quita la vida, sino que yo la pongo por mí mismo» (Juan 10:17-18), y también puede decir: «Obedezco la voluntad del Padre»

(Juan 6:38; Mateo 26:39). Jesús no está indefenso ni es un títere. Tiene absoluta libertad, como tú y yo. Pero está comprometido a hacer la voluntad del Padre de forma tan completa y con tal entrega que sacrificará por completo su voluntad y se sacrificará a sí mismo por el propósito mayor que sabe que tiene Dios Padre. Por lo tanto, bajar de la cruz no sería, en última instancia, una demostración de fuerza y poder, sino una muestra de debilidad e impotencia. Se habría rendido a sus propios deseos de supervivencia. Se habría desviado de su compromiso con Dios Padre y su voluntad. Y: Al mantenerse comprometido con la voluntad del Padre, Jesucristo puede hacer lo que no habría podido hacer si se hubiera desviado de ella: ser el sacrificio perfecto e inmaculado para que los pecados del mundo fueran llevados por él. En el Antiguo Testamento, Dios exige un sacrificio perfecto, sin mancha, por los pecados del pueblo. Así que, cuando Dios tomó las riendas para cumplir con nuestra parte del pacto y envió a Jesús, el Hijo, para ser ese sacrificio de una vez por todas, Jesús tuvo que permanecer sin mancha. Tuvo que permanecer perfectamente comprometido con la voluntad de Dios Padre. Cualquier cosa menos que eso sería un pecado y arruinaría todo el plan.

Por lo tanto, descender de la cruz sería ir en contra de la voluntad del Padre. Lo habría negado todo, y aún estaríamos viviendo bajo el Antiguo Pacto, bajo la ley del Antiguo Testamento, haciendo sacrificios para expiar nuestros pecados, etc. Así, al permanecer en la cruz, Jesucristo demostró su absoluta fuerza, poder y compromiso con la voluntad de Dios Padre. Y, por lo tanto, pudo ser usado por el Padre para sus propósitos redentores, los cuales nos benefician a ti y a mí cuando ponemos nuestra confianza en Jesús. En lugar de ser impotente, Jesús es completamente servicial: y tú y yo somos los beneficiarios.

Ahora bien, en el momento de la muerte de Jesús, eso no era evidente para ellos. Su muerte, para quienes estaban allí, fue el final. Fue una tragedia para quienes estaban cerca de él, porque su comprensión del Mesías, de lo que significaba para Jesús ser rey, está arraigada en una visión mundana. Presumían que él estaba allí para liberar a Israel de la opresión extranjera y restablecer un Israel terrenal. Por lo tanto, una muerte terrenal para él contradice esa expectativa y se siente como el final de un sueño, ya que Jesús muere un par de versículos después de donde leemos. Es como si les arrebataran una victoria de las manos.

Algunos de ustedes recordarán la Serie Mundial de 1986. Fue uno de los clásicos de todos los tiempos, y siempre será recordado por una jugada. Fue en el sexto juego de la serie, y los Medias Rojas de Boston ganarían el título de la Serie Mundial contra los Mets de Nueva York con una victoria en este juego. Boston había anotado una carrera en la parte alta de la décima entrada para tomar la delantera; solo tenían que conseguir los últimos tres outs para ganar la Serie Mundial. Nueva York puso a un par de hombres en base y luego anotó una carrera para empatar el juego. Empatados de nuevo, Boston necesitaba terminar la entrada para poder batear en la undécima entrada. Dos outs estaban en los libros. Solo necesitaban uno más para extender el juego y quizás ganar la Serie Mundial. Esto es lo que sucedió...

Bill Buckner, desafortunadamente, cometió el tipo de error que normalmente se ve a los estudiantes de primer grado en el diamante de béisbol. Boston no pudo recuperarse del todo

para el séptimo juego, y aunque se adelantaron 3-0 sobre los Mets, estos ganaron 8-5 y se llevaron el título de la Serie Mundial.

Al igual que el equipo y la afición de Boston en el sexto juego, que creían seguro que ganarían la Serie Mundial mientras la pelota rodaba lentamente hacia la primera base y lo que habría sido... Tercero en el 99.9% de los casos: Quienes seguían a Jesús creían que su victoria estaba a la vuelta de la esquina. Creían que él salvaría a Israel y establecería un nuevo Reino. Y, sin embargo, allí estaba, colgado en una cruz, sin poder o sin querer salvarse. Para ellos, parecía que su victoria les había sido robada cuando menos lo esperaban. Pensaban que el último capítulo estaba escrito allí en la cruz. Pensaban que todo había llegado a su fin; que justo cuando necesitaban que Jesús fuera su más fuerte, pensaban que, de hecho, era su más débil.

Ahora bien, tú y yo sabemos que hay más en la historia, y tres días después, la victoria les fue arrebatada de las fauces de la derrota. Pero ese capítulo aún no estaba escrito el día de su muerte. Pero si Jesús no hubiera muerto a sí mismo y a la tentación de bajar de la cruz... Si hubiera seguido las voces de quienes clamaban: «¡Sálvate a ti mismo!», habría sido completamente impotente para los propósitos de su Padre Celestial, y para ti y para mí. En cambio, es por su muerte que nos salva. Tuvo que sacrificar su voluntad para permanecer en esa cruz por los propósitos de Dios. Cuando parecía impotente, fue en realidad su mayor acto de ayuda y su mayor acto de salvación, justo lo que los burladores querían que hiciera.

Ahora, la pelota está en nuestra cancha. ¿Creemos y confiamos en que Jesús nos ayuda o no? Según la propia enseñanza de Jesús, la decisión es la diferencia entre el cielo y el infierno... La semana pasada (perdón por otra ilustración de béisbol) llevé a mi hijo menor a su primer entrenamiento de béisbol de la temporada (lo inscribió Gwen, no yo... ya saben por el mensaje de la semana pasada que no estaría jugando si hubiera sido por mí inscribirlo, ¿verdad?)... En fin, uno de sus entrenadores llevaba una gorra de los Mariners y una sudadera de los Yankees. ¿Cómo es posible? Me presenté y, sonriendo, dije: «Parece que tienes el cielo sobre la cabeza y el infierno aquí abajo». Jesús no puede salvar a alguien de ser fanático de los Yankees... pero sí nos salva de las consecuencias de nuestro pecado y nos conduce a la vida eterna, al cielo, en la presencia de nuestro santo, justo y glorioso Padre celestial. Depende de nosotros creerlo, confiar en él, dar ese paso de fe.

No tardó mucho en que quienes siguieron a Jesús durante su vida se reagruparan, se recompusieran y comenzaran a creer y compartir esta buena noticia de Jesús: que todavía salva. Todavía sana. Todavía rescata. La cruz no fue, de hecho, la muerte del Reino ni la muerte de sus sueños... no fue un lugar de impotencia ni el fin de la salvación de Jesús. Más bien, por paradójico que parezca: fue el instrumento mismo que Dios usa para salvarnos. Ese es el mensaje que transmitieron, todo gracias a la resurrección de Jesús al tercer día. Cambió todo, de modo que vieron la cruz de Cristo no como un momento de debilidad, sino como un momento de fortaleza. Los seguidores de Jesús murieron por proclamar su resurrección y por sus creencias. Lo dieron todo por esta causa, hasta el punto de dar sus vidas.

Y ahora nos toca a nosotros ser salvos, lo cual es posible porque Jesús permaneció en la cruz. Nos toca creer. Nos toca confiar. Nos toca seguir los pasos de Jesús, incluyendo someter nuestra voluntad y nuestros deseos a la voluntad de Dios. No es fácil, como hablamos hace un par de semanas. Pero ese es el llamado a seguir a Jesús, quien se entregó por ti y por mí. Nada podría ser más útil para ti y para mí que lo que Jesús hizo en la cruz. Y espero y ruego que conozcas el poder y la ayuda de la muerte de Jesús en tu vida, para que su obra sozo... su obra salvadora... esté activa en tu propia vida. Es lo más útil y salvador que él hace. Oremos... Amén.